

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD ARIQUEÑO-CHILENA DURANTE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX*

*THE CONSTRUCTION OF ARICAN-CHILEAN IDENTITY DURING
THE FIRST DECADES OF THE 20TH CENTURY*

por:

DR. LUIS ALBERTO GALDAMES ROSAS¹

MG. ALBERTO DÍAZ ARAYA²

Profesor de Historia y Geografía. Licenciado en Ciencias Desarrollo con mención en Sociología¹

Magíster en Historia con mención en Etnohistoria

Dr. en Filosofía con mención en Epistemología de las Ciencias Sociales

Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas

Facultad de Educación y Humanidades, Universidad de Tarapacá

18 de Septiembre N° 2222, Arica-Chile

E-mail: lgaldame@uta.cl

Profesor de Historia y Geografía. Licenciado en Educación²

Magíster en Antropología Social

Dr.© en Antropología, Universidad Católica del Norte

Avda. Progreso N° 2298, Iquique-Chile

E-mail: nortelberto@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo analiza, desde la teoría social y de la historia, la construcción de la identidad ariqueño-chilena durante las primeras décadas del siglo XX por parte del Estado de Chile, instaurando una variedad de artefactos que buscaban transformar el espíritu nacional de la población. De igual forma, se plantea que la chilenización debe ser entendida como un proceso social dinámico, donde los conceptos de aculturación y de artefacto cultural permiten visualizar las ideas que impregnaban las noticias periodísticas de la época.

Palabras clave: Identidad ariqueña, chilenización, nación, ciudadanía, artefactos culturales.

* Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt 1051093 "La emergencia del pensamiento regional en el norte grande de Chile. La articulación de lo político, lo social-económico y lo cultural en la primera mitad del siglo XX". Investigador CIHDE.

ABSTRACT

The present article analyzes –from a social and historical theory– the construction of the Arican-Chilean identity during the first decades of the XX century on the part of the Chilean State, establishing a variety of devices which sought to transform the national spirit of the population. Likewise, it is stated that the process of Chilenization must be understood as a dynamic social process, where the concepts of acculturation and cultural device allow us to visualize the ideas which saturated the journalistic news of the time.

Key words: *Arican identity, Chilenization, nation, citizenship, cultural devices.*

INTRODUCCIÓN

Arica, la ciudad más septentrional del país, cuyo lema ciudadano reza como “*mayor es mi lealtad*”, es una urbe y un territorio donde es posible constatar lo que posiblemente sea la sublime presencia del espíritu nacional, tanto en las expresiones discursivas de sus habitantes como en la ritualidad cívica, donde se ensalza la chilenidad en clubes de huasos, “rodeos”, celebración del 7 de junio con “ramadas” y danzas de cuecas, así como en la producción de desfiles dominicales de estudiantes, fuerzas armadas y organizaciones civiles al ritmo de marchas militares. En otros términos, la lealtad de los ariqueños tiene que ver con la férrea defensa de la soberanía patriótica en la puerta norte del país, y resaltar al máximo las diferencias con aquellos que moran allende la Línea de la Concordia, y que podrían ser los potenciales enemigos del futuro (González, 1997).

En una transecta histórica, Arica ha transitado por todos los rincones de la temporalidad americana –léase sus correspondientes adscripciones a la Corona hispana o a las repúblicas del Perú y de Chile– que va desde ser uno de los puertos coloniales más importantes por donde circulaba la actividad argentífera vinculada al cerro rico de Potosí, pasando por su condición de aduana durante la explotación en Huantajaya o en la república del guano; de ser ciudad hermana de Tacna y cautiva, a la vez, durante el conflicto diplomático entre Perú y Chile tras el Tratado de Ancón y la antesala de un plebiscito que nunca llegó a concretarse (Galdames, 1981).

Este artículo, con cierta tonalidad de ensayo, se detiene a examinar tentativamente un momento de evidente complejidad social, política y diplomática, como lo constituye el periodo que va desde 1883 a 1929. Esta demarcación cronológica plasma un tipo de contexto que arranca con arremetidas bélicas entre dos polos republicanos que, entusiasmados por el espíritu liberal y capitalista, querían dominar las

riquezas de los minerales no metálicos depositados entre los suelos salitrosos del desierto de Atacama, frente a las aguas frías del Océano Pacífico. En la arena geopolítica del siglo XIX, por un frente estaba el eje peruano-boliviano y por el otro bando estaba Chile, países que durante el recorrido de dicho siglo ya habían colisionado sus armas en defensa de modelos republicanos unitarios, confederales y/o liberales, izando banderas por demandas territoriales o identitarias (Díaz, 2004).

Al finalizar la guerra del Pacífico (1883) se origina una ocupación masiva de chilenos en los sectores de Tacna y Arica, desplegando una compleja red administrativa en los grandes polos urbanos y en las aldeas serranas de la región (Díaz, Ruz y Mondaca, 2004). Se imponía tras una guerra un Estado que por lo menos en el discurso político se erigía como moderno, aunque en su práctica, a decir de Max Weber, contenía enormes falencias propias de los Estados preindustriales. En tal escenario divergente de la triple frontera peruana, chilena y boliviana, numerosos conflictos y tensiones sociales marcaron la tónica del diario vivir. Aunque, paralelamente a la beligerancia diplomática que se extendió por cerca de 50 años, no todos los actores locales asumieron posturas militantes y extremas por uno de los bandos opositores; por el contrario, también se presentaron escenas de sociabilidad entre ciudadanos peruanos y chilenos y connacionales de otras latitudes, en un formato de *pax castrense* (González, 2006).

No interesa aquí narrar fecha a fecha, hecho a hecho cómo se estructuró el periodo en cuestión, para eso existen dilatadas descripciones al respecto, que no necesariamente abordan las condiciones culturales desde “lo local” (Galdames, 1999). Por el contrario, pretendemos problematizar teóricamente ¿cómo se construye la noción de nación en Arica durante las primeras décadas de siglo XX, periferia del centro político chileno que sólo controla

diplomáticamente hasta la pampa tarapaqueña, motor de la actividad económica nacional? Del mismo modo, desde una perspectiva coyuntural, ¿cuáles son las ideas y supuestos teóricos implicados en este contexto temporal de la “chilenización” que despierta la inquietud intelectual de historiadores, antropólogos, sociólogos y pedagogos? Bajo este circuito analítico se intenta comprender algunas estrategias y su trasfondo ideológico, político y cultural que utilizó el Estado a través de sus instituciones, así como la participación de medios de información (periódicos chilenos) para construir en Arica y su *hinterland*, durante las tres primeras décadas del siglo XIX, un tipo de identidad nacional sin raíces locales pero con capacidad para aclimatarse a las condiciones sociales y culturales existentes.

La “construcción” de una identidad ariqueño-chilena supuso la condición de constituirse a partir de una diferenciación principal con un “otro” (peruano) que habitaba más al norte y que suponía mutar los lazos de lealtad hacia la república chilena, al punto de llegar a convertirse en un puntal de la patria que aspiraba a incorporar los territorios de Tacna y Arica al espacio nacional. En tal sentido, la relevancia epistémica de la “otredad” cobra virtud en un escenario agencial de conflicto y sociabilidad como es el expuesto en este trabajo (cfr. Bhabha, 2002; Todorov, 1991; Geertz, 2000).

TRADICIÓN, INVENCION Y NACIÓN EN ARICA

La nación es un concepto que aborda principalmente a los sujetos políticos (ciudadanos) que se asumen comunitariamente como pertenecientes a una entidad estatal, y que a su vez poseen elementos simbólicos y prácticas en común que permiten la cohesión y solidaridad de todos los ciudadanos, en una dinámica de horizontalidad como lo ha propuesto Anderson (2000). Esta comunión se sustenta en un tejido que cubre a los sujetos implicados que imaginan la comunidad representada por la nación. Dicha representación, a decir de Bourdieu (1986) y Chartier (1995), está dispuesta desde el centro político por una multiplicidad de aristas, que desde un orden de objetividad tienden a que los ciudadanos posean elementos en común, como una lengua, un territorio, una religión, líneas parentales o costumbres (Mauss, 1969); pero aquellos elementos sólo poseen significación cuando subjetivamente son asumidos por los individuos como dispositivos

que social y culturalmente pueden ser integrados y puestos en acción (Weber, 1999; Hobsbawm, 2000; Gellner, 1983).

No obstante, ¿cómo traspasar aquella cohesión e imaginación nacional a sujetos que poseían evidentemente una adscripción peruana, con raíces en un pasado diferente al chileno? Conjeturamos que los elementos consignados por el Estado Nación chileno, distribuidos entre la escuela, el reclutamiento militar, la organización administrativa o la propaganda plebiscitaria, impulsaron mecanismos coercitivos para implantar –en algunos casos por la fuerza– un compromiso con la nación chilena en la zona fronteriza. Hipotéticamente, es plausible sostener que se instituye una tradición que cambia el eje de historicidad de los ariqueños peruanos, los cuales imaginan y asumen un pasado desconocido. Bajo esta directriz, es en la praxis cotidiana que se van asentando en la mentalidad colectiva local las creencias, símbolos y valores chilenos, los cuales son almacenados, utilizados y manipulados como vectores por diferentes instituciones públicas, iglesia o medios de comunicación sobre la sociedad ariqueña (Sztompka, 1993). En tal sentido, en 1921 el programa de fiestas patrias disponía lo siguiente:

“día 17 de septiembre: Marcha con antorcha y retreta militar.

día 18 de septiembre: Conmemoración de la independencia nacional (Te deum), desfile, concurso, función de gala, almuerzo a los presos.

día 19 de septiembre: Celebración de las glorias del Ejército, parada militar, juegos militares.

día 20 de septiembre: Función cinematográfica para los alumnos de escuelas públicas.

En conformidad a lo decretado, los edificios particulares mantendrán izado el pabellón nacional durante el día 18 y 19”¹.

En un extracto de la prensa de la época se puede advertir:

“Aniversario de la batalla de Chorrillos (13 de enero de 1881). Hay un libro tesoro de un pueblo, pleno de heroicidades, en el cual cada página registra una hazaña y cada proeza levanta un héroe.

¹ AHVD, Notas de la Intendencia de Tacna, 1921.

Y no exageramos. La historia de Chile, nutrida de enseñanzas cívicas que de una generación transmite a otra como legado precioso y único, cuenta hechos de armas que sólo al leerlos uno se siente orgulloso de la pujanza, hechos que arrastran a imitar reacciones gloriosas generadas por el valor innato en el corazón de los hijos de Arauco².

Las marchas, emblemas, conmemoraciones históricas y funciones son conectores y dispositivos artefactuales que apuestan a la rememoración de una costumbre pasada idealizada. La institucionalización y la correspondiente ritualidad de aquel pasado puede ser una construcción deliberada, que busca reforzar los lazos de pertenencia a la nación. La tradición, en tanto memoria y ritual, puede ser inventada para justificar actos, movilizar programas diplomáticos, legitimar prácticas políticas, reforzar a autoridades gubernamentales o en definitiva, fortalecer el espíritu de la comunidad nacional (Sztompka, 1993: 83).

Algunos de estos rasgos se pueden encontrar en los periódicos de la segunda década del siglo XX, como se expone en “El Ferrocarril” al señalar que:

“bastan unas cuantas horas para cerciorarse en este puerto de que Arica es chilena, no sólo porque en el histórico morro flamea el pabellón nacional, sino que también lo es, prácticamente, por la condición de sus habitantes, por el carácter de sus industrias y sobre todo por la voluntad soberana de su pueblo.

Aquí el 90 por ciento de la población es chilena o por lo menos afecta a nuestra causa”³.

Eric Hobsbawm y Terence Ranger (2002) formulan una clasificación sobre la “invención de tradiciones”. Aplicadas a la cuestión que nos ocupa, esta vendría a ser:

1. Las que simbolizan y expresan la cohesión social de las comunidades o naciones, como lo podría constituir el escudo patrio, la bandera chilena izada en el Morro de Arica, el himno nacional interpretado en las escuelas y regimientos de la zona, los desfiles dominicales, la danza de la cueca, entre otras.

2. Las que legitiman el estatus, las instituciones y las autoridades, como intendentes, gobernadores, alcaldes, subdelegados, policías, inspectores o jueces distritales, que desde la administración estatal justifican todas sus prácticas en la zona de Arica.
3. Las que socializan en determinados valores, normas o reglas de conducta, sosteniéndose, y a la vez propagándose, desde el ordenamiento jurídico, la iglesia, la escuela y/o la prensa.

Hobsbawm y Ranger apuntan a la ingeniería deliberada de las autoridades y las elites para “*crear naciones*” o “*tradiciones*”. Pensar la nación como una comunidad imaginada en última instancia, trata sobre el polémico propósito de desenmascarar los juegos del poder de los nacionalistas, pues revela los instrumentos de manipulación para imaginar las naciones; instrumentos que operarían muchas veces desde la perspectiva simbólica, implicando la creación de una ideología a través de una serie de signos y mitos emotivos, transmitidos en forma impresa por los medios de comunicación para disciplinar a la sociedad (Hobsbawm *et al.*, 2002; Smith, 2000).

La transmisión de cómo se percibe, difama y desmedra a la nación peruana desde un foco nacionalista, se puede constatar en la prensa ariqueña de la siguiente forma:

“No se puede negar que para comediantes nuestros vecinos del norte son algo imaginable: después de llorar ante todas las naciones de América; de llorar en Europa clamando por que se nos castigue como se ha castigado y se va a castigar a Alemania; después de repasar en todos los tonos las quejas mujeriles y lastimeras de quienes carecen de hombría para ventilar sus derechos por las vías rectas de la justicia, sin que nadie las escuche, ahora procuran cambiar de táctica, la táctica fácil del ardid y de la mentirijilla, augurando a unos que somos la Alemania de Sudamérica, los camorberos de la política americanista, los salteadores internacionales, los tiranos de 1879 (...) Claro está que jamás recuerdan los ribereños poco galantes hijos del Rimac ni aquella expedición libertadora de estos prusianos mapuchinos, ni la ayuda durante la guerra contra España, que tan útiles resultados les acarreo a los buenos peruanitos, como decía el general Mitre, que los conoció por lo hondo.

² Periódico “El Ferrocarril”, 13 de enero de 1919. El subrayado es nuestro.

³ Periódico “El Ferrocarril”, 3 de julio de 1918.

En un artículo más reciente un cálido escritor del Rimac (decimos cálido porque es hombre que se ha hecho una especialidad en la pornografía literaria elegante) aseguraba que esta lucha entre peruanos y chilenos era ni más ni menos que una riña entre palomas y buitres. ¡Vaya las palomitas candidas! Es cosa de ver a estas palomas que de cada zarpaso le han arrancado centenares de kilómetros del territorio al Ecuador; que se han querido arrojar sobre Bolivia por quitarles allá estas fajas; que han pretendido fabricar su ensalada con Colombia, llevándose, como le sucedió con Chile, la presa más dura del guisante, pretendiendo ahora echarlas de palomas portadoras de una eterna y fresca rama de oliva. ¡Menudas ironías de los tropicales, hijos del Rimac!”⁴.

En otra noticia se aprecia lo siguiente:

“Sigue el acusete.

De Lima llega una noticia que “vale un Perú”, mejor dicho, una noticia que refleja exactamente lo que vale el Perú (...) El Perú acaba de mandar a las naciones del orbe la acusación número 9.586 contra Chile.

Por lo visto, el Perú es el país más acusete de la tierra. Ya sabemos desde el colegio lo que son, pueden y valen los acusetes. El Perú nos acusa a sus papás y mamás que estamos molestando a los peruanos anidados bajo nuestro techo”⁵.

Los periódicos sirven como artefactos para propagar el nacionalismo en la zona de Arica, denostando toda imagen y percepciones que la ciudadanía poseía del Perú. Esta actitud adoptada por las autoridades chilenas gatilla el paulatino olvido de las raíces peruanas, para ir posicionando acompasadamente la nación chilena. En otros términos, año tras año se va interiorizando en la imaginería colectiva el espíritu chileno, que al actuar por oposición alterna colisiona y fractura los viejos cimientos de la tradición peruana mientras se construye una identidad chileno-ariqueña.

LA IMAGINACIÓN Y LOS ARTEFACTOS CHILENIZADORES

Desde una perspectiva culturalista, la nación es un conjunto de “ingredientes” mezclados con sutileza, de modo tal que elementos culturales antes sueltos y diferentes se congregan con un fin. De este modo, la nación es un todo inventado, es un cóctel de ingredientes culturales que Smith (2000) denominó como la “visión gastronómica”. El argumento expuesto postula que la nación consistiría en un compuesto artificial donde los ingredientes dispersos y disgregados –componentes culturales de diferentes orígenes– se mezclan para dar vida a una entidad. Esta suerte metafórica de “mezcla” de “ingredientes” posibilitaría que una autoridad, elite, etnia o un Estado puedan “inventar naciones”.

Siguiendo esta perspectiva teórica, primeramente Smith plantea la posibilidad de que la nación sería un artefacto cultural. En otras palabras, corresponde a una entidad artificial producto de una pieza o infraestructura de ingeniería estatal. Las autoridades a nivel central, pero de igual manera en los espacios locales de la frontera, hábilmente reúnen aparatos como la historia, los símbolos patrios, mitos y lenguas para congregar a la membresía nacional (Sahlins, 2000). Esto supone que la nación debe su existencia a una ingeniería social preconcebida (Smith, 2000: 187). Un segundo punto, circunscrito a la visión gastronómica, insiste en la condición inmanente de la comunidad nacional como imaginaria, sustentada en la naturaleza ficticia de los mitos fundantes de la patria. Por un extremo, la comunidad nacional sería imaginaria, donde todos los sujetos se sienten y piensan “*pertenecientes*” a la nación, siendo ésta la que respondería a la alienación entre Estado y sociedad. Por otro lado, la imaginación de la comunidad puede a su vez ser engañosa, debido a que se fundirían en meras ficciones históricas como también en tropos literarios. Bajo este prisma, la información periodística es ilustrativa:

“Como sabéis, atraviesa hoy día la República una de las horas difíciles de su historia, hora en la cual todo ciudadano debe velar tranquilo con el arma al brazo en espera de los acontecimientos del mañana que pudieran amargar nuestra existencia como nación soberana.

Pero, así como mañana, si la patria lo pide, correremos todos presurosos a provocar nuevos destellos, al unísono de nuestros corazones,

⁴ Periódico “El Ferrocarril”, 14 de febrero de 1919. El subrayado es nuestro.

⁵ Periódico “El Ferrocarril”, 11 de enero de 1919.

de la luz refulgente de la solitaria estrella, símbolo adorado de nuestra bandera. Venerado estandarte de guerra de los descendientes de Arauco, afianzado con ellos el derecho de la fuerza siempre que nos niegue la fuerza del derecho.

Pienso también señores, que debemos pedir al gobierno que a los peruanos que vienen a provocarnos en nuestra propia cara se les debe negar las garantías, que ellos en su suelo niegan a todo individuo por el solo hecho de ser chileno”⁶.

La concepción gastronómica de la nación enaltece la relevancia del servicio militar, el sistema de educación, la enseñanza de la historia, la literatura, la música y los rituales cívicos como artefactos que posibilitan la **imaginación**. El servicio militar permite tener una masa regimentada, la cual se nutre de héroes, cánticos, himnos y marchas que acompañan las diferentes celebraciones y eventos públicos (Díaz, 2006). El sistema educativo opera como una “religión”, pues transmite los mitos sagrados que unifican la nación, inculcando valores que se sostienen en la figura arquetípica de los héroes –prácticamente santos varones– y las “fechas nacionales”, proclamados por una moral educativa a la sociedad nortina (Aguirre y Díaz, 2005). La enseñanza de la historia es la encargada de narrar en un relato casi bíblico la génesis de nación. Al mismo tiempo, las escuelas son los templos donde se transmite a la asamblea un único texto sobre biografía y los triunfos de los “padres de la patria”, lo que permite aprehender e identificarse con la comunidad imaginada en la nación (Smith, 2000; Anderson, 2000).

Un ejemplo de lo expuesto, se puede cotejar en la descripción del panorama social difundido por la prensa ariqueña, que evidentemente manipulaba la información con un afán nacionalista, al sostener que:

“Desde su traspaso a manos chilenas, esas zonas han progresado mucho. Arica es el primer puerto de la costa del Pacífico, siendo de Panamá al sur que tenga una apariencia limpia, atrayente y moderna. En Tacna se han creado escuelas e institutos que dan instrucción gratuita a todos

los residentes, díganse o no peruanos; existe una corte de justicia, un comercio activo y una guarnición militar.

Además cruza los territorios el Ferrocarril que vá desde a la capital de Bolivia. A la conquista militar ha sucedido la conquista de la civilización”.⁷

En otra fecha se puede leer:

“Bajo la administración de Chile, estas provincias han alcanzado un notable grado de prosperidad moral e industrial. El ferrocarril de Arica a La Paz costó a Chile más de cuatro millones de libras esterlinas. Agreguemos ahora a esto las instalaciones metalúrgicas, en canales de irrigación, las obras del puerto, etc. (...) seremos la diferencia que existe entre esas provincias y las regiones vecinas del Perú.”⁸

Siguiendo esta discusión, la chilenización podemos entenderla como un artefacto aculturador, debido a que despliega un conjunto de ingredientes nacionales diseñados y reunidos por las autoridades locales para fomentar la identificación con la nación donde los ariqueños, ahora compatriotas, se van a ir vinculando paulatinamente con la comunidad chilena avanzado ya el siglo XX. Cabe indicar, en cualquier caso, que la tarea se ve facilitada porque a los habitantes originarios de Arica se incorporan chilenos provenientes del sur del país, especialmente del Norte Chico (Galdames, 1981).

CONCLUSIONES: UNA DISCUSIÓN NECESARIA. IDENTIDADES, CHILENIZACIÓN Y CIUDADANÍA

El concepto de “chilenización”, empleado para referirse a una imposición por parte del Estado chileno, no es posible sostenerlo como un tópico homogéneo para todo el país, debido a que existen casos notables que por sus particularidades deben ser valorados y reinterpretados. En estricto rigor, no podemos hablar de la “chilenización” de Tarapacá o de Antofagasta al igual que de Arica-Tacna, ya que las dos primeras fueron automáticamente registradas en forma soberana como territorios ganados

⁶ Periódico “El Ferrocarril”, 23 de diciembre de 1918.

⁷ Periódico “El Ferrocarril”, 22 de noviembre de 1918.

⁸ Periódico “El Ferrocarril”, 27 de enero de 1919.

tras la guerra. Sin embargo, Arica-Tacna quedaron sumergidas en un extenso dilema internacional por cerca de medio siglo. Además, resulta impropio someterlas a comparación con los sucesos pacificadores acaecidos en la Araucanía (Díaz, 2003; Gundermann, 2001).

La visión clásica sobre la “chilenización” en el área Arica sostiene que es un proceso des-estructurante de la sociedad y cultura local (entiéndase como población, *habitus* y *ethos* nacional peruano, así como también la población indígena) residente, que formaba parte del territorio en el que se implementarían impositiva y forzosamente políticas destinadas a fundar en la zona en conflicto un sentimiento de pertenencia al ideario del Estado Nación chileno⁹. En otros términos, existiría una colisión entre una sociedad tradicional (la peruana) y una moderna (la chilena), en un área geográfica particular.

En trabajos anteriores (Díaz, 2003: 61), siguiendo los argumentos de Gundermann (2001: 31), hemos planteado la necesidad de ver indistintamente el fenómeno de la “chilenización” como un proceso que es posible definir como “aculturación” o “asimilación cultural”, ello por la complejidad del fenómeno que enfrenta a una sociedad multicultural hacia fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, donde las poblaciones del actual norte de Chile están circunscritas a proyectos y lealtades ciudadanas (González, 2004).

Teóricamente, la aculturación no necesariamente se reduce a una unilateral orientación, que aborda solo el paso de una cultura tradicional a una moderna, sino que la aculturación implica una amplia gama de matices en procesos dinámicos de mediatización y politización mediante el recurso ciudadano (Déloye, 2004). La cultura dominada (en este caso la peruana) integrará algunos elementos de la cultura dominante (reorientándolos), sin que desaparezcan necesariamente sus características originales. Este argumento rehúsa considerar que la población local actúe sencillamente como una cultura receptora, permaneciendo ésta en un estado pasivo frente a los procesos ciudadanos y

políticos que acontecían en los albores del siglo XX (Tilly, 1996). Por consiguiente, existe un interesante proceso de apropiación del discurso y de la praxis política a nivel local.

En cierto modo, direccionados por una lógica que apela a la materialización de una lectura crítica sobre la repetitiva “chilenización”, se enfrentarán dos modelos sociales asimétricos. Lo peruano representaría a la tradición y la modernidad será representada (solo en el papel, ya que la realidad dictaba lo contrario) por el Estado chileno. Pero este modelo antagonico no necesariamente debe ser visto desde una perspectiva dicotómica. Por el contrario, se puede esgrimir que la modernidad como la tradición (si así aceptamos el juego de roles nacionales) sólo se oponen entre sí como polos “ideales”. Pero, en un trazado sociológico e histórico, no son del todo incompatibles ni excluyentes. “*No solo pueden entremezclarse y coexistir, sino también pueden reforzarse recíprocamente. Lo nuevo a veces se mezcla con lo antiguo, y la tradición puede incorporar y aun estimular la modernización*” (Giménez, 1994: 266). Por lo que existe un ajuste y un acomodo entre las sociedades implicadas en el conflicto fronterizo.

Los ariqueños de comienzos del siglo XX, según nuestra hipótesis, deambulan entre dos ciudadanía que articulan entre sí. Kymlicka (2003) insiste que las comunidades nacionales se mueven bajo dos dimensiones asociadas a la participación ciudadana. Por un lado, la dimensión práctico-política donde se interpreta el acto ciudadano como una forma de participación activa en los temas públicos; estas pueden ser, por ejemplo, el acto de inscribir tierras, asistir y demandar establecimientos educacionales, aprobar las normas de salud e higiene diseñadas desde un plan estatal, participar en elecciones, inscribirse en registro de identificación, entre otras. Por tal motivo, la participación política exige sacrificio y una abnegación individual para el beneficio colectivo. La segunda dimensión guarda relación con la exigencia de las comunidades o minorías; supone, al mismo tiempo, el reconocimiento y las garantías públicas de sus derechos y deberes como sujetos privados.

La sociedad ariqueña, mientras más se acercaba el comentado plebiscito de 1926, divagaba entre un Estado chileno que propiciaba los artefactos chilenizadores, en contraposición a la experiencia histórica ciudadana de la población local, como

⁹ Una apuesta descriptiva que no incluye una profundización teórica ni una adecuada problematización sobre el periodo tradicionalmente denominado “chilenizador”, puede verse en las monografías de Tudela (1992), Bustos (2006), Pizarro (2006) y Berríos (2006).

mecanismo de adscripción a la identidad nacional peruana. En este vértice sociohistórico, la identidad ariqueña se construía complejamente entre ajustes y desajustes en consonancia a la propaganda nacionalista vertida por las naciones beligerantes. Paulatinamente se construía, entonces, la identidad entre conflictos y acuerdos multivariados en torno a la semejanza patriótica y la diferenciación nacional. En definitiva, entre chilenos y peruanos.

De acuerdo a los anteriores párrafos, Feinberg (2003) postula que existen distintas formas de identidades nacionales o formas de exclusión nacional y que, por ende, requieren distintas explicaciones analíticas. Al respecto, propone que existen dos tipos de nacionalismos: a saber, nacionalismo de exclusión y nacionalismo de resistencia. El primero se caracteriza por un grupo dominante (que bien puede ser la elite que lidera el centro político) al interior de un Estado, los que desean conservar su identidad; para ello activan los siguientes mecanismos: 1) reforzar la uniformidad de la población o, mejor dicho, de los diferentes grupos que coexisten en el territorio que ellos controlan, por ejemplo, a través del establecimiento de una lengua oficial o un currículo codificado en el colegio, y 2) impidiendo que aquellos que se encuentran fuera de los límites territoriales circunscritos a la jurisdicción estatal crucen e interactúen con los grupos presentes en el territorio nacional, de manera que no se conviertan en ciudadanos con la respectiva participación.

El segundo tipo de nacionalismo, que activa el mecanismo de distinción, es el nacionalismo de resistencia. Este trata sobre un grupo de dominados al interior de un mismo Estado-Nación y circunscrito a una región concreta, de modo tal que desea forjar una identidad que los separe de la unidad política central. Ambos tipos de nacionalismos construyen identidades con el objeto de distinguirse, tomando vinculaciones con el "otro" bajo el modelo de ellos-nosotros, pero siempre dependiendo de objetivos focalizados: Autonomía de su identidad y deseos de homogeneización de la otra (Feinberg, 2003; De Certeau, 1996; Chartier, 1996). Charles Taylor (2003) argumenta que frente a la diferencia establecida por el nacionalismo de exclusión "*existe, por tanto, un llamamiento a la diferencia que es captado por las elites "modernizadoras"... Ese llamamiento a la diferencia puede ser captado por cualquiera que se preocupe por el bienestar de las personas*

involucradas. Sin embargo, el reto es vivido por las elites implicadas desde la perspectiva de un determinado registro: el de la diferencia"¹⁰. Taylor discute que el desafío que experimentan las elites (locales o nacionales, chilenas o peruanas, ariqueñas o tacneñas) es marginarse de las relaciones de superioridad e inferioridad en la relación de la conquista y el poder que ostentan sobre otros grupos diferentes.

En definitiva, las prácticas políticas están generando identidades que dinámicamente se van elaborando y reelaborando de acuerdo a los *impases* temporales a los que son sometidos. A decir de Habermas (1993), "*la nación de ciudadanos encuentra su identidad no en características étnico-culturales comunes, sino en la praxis de los ciudadanos que ejercen activamente sus derechos democráticos de participación y comunicación*"¹¹. Recapitulando, el largo siglo XX les deparó a los ariqueños asumir identidades y prácticas sociales bajo el formato del Estado chileno, donde los significados del tricolor cubrirán todos los parajes humanos del desierto nortino. Contradictoriamente, la identidad ariqueña se levanta entre una tradición peruana y la puesta en escena (por las buenas o por las malas) de los artefactos chilenizadores, que en ocasiones actuaron como cerrojos.

Los elementos peruanos o los rasgos socio-culturales de esta sociedad derivaron desde una perspectiva histórica en lo "ariqueño tradicional", con sus sabores, emblemas, danzas y cánticos, ahora no por lealtad ciudadana a los señores del Rimac, sino para desmarcarse en la práctica de cualquier atisbo que apelara a lo antiguo. Lo chileno o los ingredientes culturales de la nación conquistadora fueron los componentes gastronómicos de una identidad nacional que en la praxis sociopolítica o en la performance folclórica se fueron depositando en los estratos mentales de los ariqueños ya avanzado el siglo XX.

¹⁰ Taylor, Charles, "Nacionalismo y Modernidad", McKim, Robert y Jeff MacMahan, "La moral del Nacionalismo" Vol. I *op. cit.* p. 71.

¹¹ Habermas, Jürgen, "Ciudadanía Política e Identidad Nacional", Publicaciones Universidad de Barcelona, España, 1993, p. 64.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Claudio y Alberto, Díaz** (2005). "Monumentos, fiestas y desfiles en Iquique. Nacionalismo en 1900, Patrimonio en el 2000". Revista *Si somos Americanos*, volumen VII, N° 2, Universidad Arturo Prat, Iquique.
- Anderson, Benedict** (2000). "Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo". Fondo de Cultura Económica, México.
- Barrios, Marbet** (2006). "Arica y Tacna: Ciudadanía en tiempos de conflicto (1880-1929)". Revista *Diálogo Andino* N° 28. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Bhabha, Homi** (2002). "El lugar de la Cultura". Ediciones Manantial, Buenos Aires, Argentina.
- Bourdieu, Pierre** (1986). "La escuela como fuerza conservadora: desigualdades escolares y culturales, en "La nueva sociología de la educación". El Caballito, México.
- Bustos, Raúl** (2006). "¿Chilenización y modernización?: la educación y la homogeneización cultural en el Norte de Chile". Revista *Diálogo Andino* N° 27, Universidad de Tarapacá, Arica.
- Chartier, Roger** (1995). "El mundo como representación. Historia Cultural: Entre práctica y representación". Gedisa Editorial, Barcelona, España.
- De Certeau, Michel** (1996). "La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer". Universidad Iberoamericana, México.
- Déloye, Yves** (2004). "Sociología histórica de lo político". LOM Ediciones, Santiago, Chile.
- Díaz Araya, Alberto**. "Comunidad Andina y Chilenización. Escuela, reclutamiento militar y articulaciones en Putre. 1883-1929", Tesis de Magíster en Antropología, mención Antropología Social, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo R. P. Gustavo Le Paige, San Pedro de Atacama. Universidad Católica del Norte.
- Díaz Araya, Alberto** (2004). "Delitos, orden público y nacionalidades en la ex intendencia de Tacna. 1900-1926: Una aproximación cuantitativa". Revista de Historia de América N° 29, Universidad de Puerto Rico.
- Díaz Araya, Alberto** (2003). "Problemas y perspectivas sociohistóricas en el norte chileno: Análisis sobre la "Chilenización" de Tacna y Arica". Revista *Si somos Americanos*, volumen V, año 4. Universidad Arturo Prat.
- Díaz Araya, Alberto; Rodrigo, Ruz y Carlos, Mondaca** (2004). "La administración chilena entre los Aymara: Resistencia y conflicto en los Andes de Arica. (1901-1926)". Revista *Antropológica*, volumen XXII, N° 22. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.
- Feinberg, Walter** (2003). "El Nacionalismo desde una perspectiva comparada. Una respuesta a Charles Taylor" en McKim, Robert y Jeff MacMahan, "La moral del Nacionalismo", Vol. I, "Orígenes, psicología y dilemas de parcialidad de los sentimientos nacionales". Editorial Gedisa, Barcelona, España.
- Galdames, Luis Alberto** (1999). "El ámbito de "lo local" como perspectiva de análisis de los pueblos andinos del norte de Chile". Revista *Diálogo Andino* N° 18, Arica.
- Galdames, Luis Alberto et al.** (1981). "Historia de Arica". Editorial Renacimiento, Santiago.
- Gellner, Ernest** (1983). "Nations and nationalism". Oxford.
- Geertz, Clifford** (2000). "Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos". Paidós, Barcelona, España.
- Giménez, Gilberto** (1994). "Modernización, cultura e identidades tradicionales en México", en Revista Mexicana de Sociología, N° 4, México.
- González, Héctor** (1997). "Apuntes sobre el tema de la identidad cultural en la Región de Tarapacá". Revista *Estudios Atacameños* N° 13. Universidad Católica del Norte.
- González Miranda, Sergio** (2006). "Arica y la triple frontera. Integración y conflicto entre Bolivia, Perú y Chile". Aríbalo Ediciones, Iquique.
- González Miranda, Sergio** (2004). "El Dios Cautivo. Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)". Editorial LOM, Santiago.
- Gundermann, Hans** (2001). "Comunidad, sociedad andina y procesos sociohistóricos en el norte de Chile". Tesis Doctoral, El Colegio de México, México.
- Habermas, Jürgen** (1993). "Ciudadanía Política e Identidad Nacional". Publicaciones Universidad de Barcelona, España.
- Hobsbawm, Eric** (2000). "Naciones y nacionalismo desde 1780". Editorial Crítica, Barcelona, España.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger** (2002). La invención de la tradición. Editorial Crítica, Barcelona, España.

Kymlicka, Will (2003). "Las fuentes del Nacionalismo", en McKim, Robert y Jeff MacMahan, "La moral del Nacionalismo", Vol. I "Orígenes, psicología y dilemas de parcialidad de los sentimientos nacionales". Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Mauss, Marcel (1969). "La nation". Ed. Oeuvres, París, Francia.

Pizarro, Elías (2006). "Los visitantes de escuelas: agentes del Estado docente en el extremo norte de Chile (1884-1897)". Revista Diálogo Andino N° 27. Universidad de Tarapacá, Arica.

Sahlins, Peter (2000). "Repensando Boudaries", en Alejandro Grimson, "Fronteras, Naciones e Identidades: La periferia como centro". Ciccus-La Crujía, Buenos Aires, Argentina.

Smith, Anthony (2000). "¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", en "La invención de la nación", Álvaro Fernández (compilador). Editorial Manantial, Buenos Aires, Argentina.

Sztompka, Piotr (1995). "La nueva sociología histórica: Concreción y contingencia", en Sociología del Cambio Social. Alianza Editorial, Madrid, España.

Taylor, Charles (2003). "Nacionalismo y Modernidad", McKim, Robert y Jeff MacMahan, "La moral del Nacionalismo", Vol. I, "Orígenes, psicología y dilemas de parcialidad de los sentimientos nacionales". Editorial Gedisa, Barcelona, España.

Tilly, Charles (1996). "Citizenship, Identity and Social History. International Review of Social History Supplements". The Press Syndicate of the University of Cambridge, Melbourne.

Tudela, Patricio (1992). "Transformación religiosa y desintegración de la comunidad Aymara tradicional en el norte de Chile". Tesis Doctoral. Universidad de Bonn, Alemania.

Todorov, Tzvetan (1991). "Nosotros y los otros". Siglo XXI Editores, México.

FUENTES

Archivo Histórico Vicente Dagnino (AHVD), Universidad de Tarapacá.

Periódico "El Ferrocarril", Arica.